

ante ellos y nuestra sería la victoria. Agítense enhorabuena los príncipes del mundo: nosotros estamos á cubierto de sus golpes; pronunciada está su sentencia, y una palabra bastaría á destruirlos.

»Apoderense esos demonios de nuestros cuerpos, de nuestras fortunas, de nuestros hijos, de nuestras mujeres: todo se lo abandonamos; no por eso se enriquecerán, porque para nosotros será el reino de Dios.»

En aquel viaje, ó mejor dicho, triunfo, pudo apreciar lo mucho que había engrosado su partido; le acompañaba un heraldo imperial, le recibía el maestro de ceremonias, y se llegó á hacer tanta locura que hubo necesidad de introducirle en la asamblea por una puerta secreta. Carlos Quinto, al verle solo y tan humilde, dijo: *Este hombre no me hará á mi hereje*. El austriaco no conocía la omnipotencia de la opinión, confiando en la cual y seguro de que le guardaban las espaldas (24), Lutero se negó á retractarse. Preguntado si veía medio de conciliación, contestó: *«Si mi obra es obra humana, se disipará por sí misma; si viene de Dios, nada podrá detenerla en su camino.»*

Carlos Quinto, que necesitaba entonces del papa (25) proscribió á Lutero y á sus partidarios; y de aquí nació la escisión entre los príncipes y sus Estados. Porque los innovadores eran ya innumerables y podían á favor de privilegios alemanes hacer frente al emperador. Lutero á su regreso detenido por el elector, su protector, y sin que nadie lo supiese, conducido al castillo de Wartburgo en Turingia, para salvarlo, más que de sus enemigos, de su propia imprudencia.

El silencio del jefe abrió ancho campo á la disonante voz de sus prosélitos, que con no vista intrepidez atacaron el culto que él mismo respetaba. Varios agustinos de Wittemberg desertaron de sus claustros; otros pidieron una reforma, que consistía en que no se dijera misa todos los días, y pudiera administrarse la Eucaristia bajo dos formas; pero todo fué al fin desechado en el capítulo. Carlostadt que profesaba acerca de la presencia real de Dios en la hostia, ideas contrarias á las de

(24) «El papa (escribe) había mardado al emperador que no respetase el salvo-conducto; los obispos le rechazaban; pero los príncipes se negaron á acceder á sus exigencias por no dar un escándalo. Gran fama debí á todo esto, y ciertamente, ellos debían temerme mas que yo á ellos. El hecho es que el landgrave de Hesse, jóven caballero, deseoso de oirme, me buscó, discutí conmigo y por fin me dijo: *caro doctor, si tenéis razon, el Señor os ayude.*»

(25) «Carlos Quinto adoptó un sistema de contemplaciones, que consistía en lisonjear al papa y al elector segun la necesidad del momento. No trataba él de saber de parte de quién estaba la verdad y el error, ó conocer lo que reclamaban los gran les intereses de la nación alemana. ¿Qué exige la política, y qué se debe hacer para que el papa sostenga al emperador? Esta era toda la cuestion, y bien se sabía en Roma.»

MERLE DE AUBIGNÉ.

su maestro, quiso al frente de la juventud destruir los restos del papismo, y llegó á celebrarse misa en lengua vulgar y á comulgar sin que precediera confesion. Y ¿cómo ha de maravillarnos que hubiera tantas opiniones como hombres, permitiéndose como se permitía, á todos y cada uno, interpretar la Biblia á su modo, sin auxilio del papa ni de los teólogos?

Lutero, en el retiro que llamaba su Patmos, se dedicó á poner en orden sus propias ideas, que hasta entonces no lo habían estado, y á preparar el que había de servir de símbolo á la nueva fe: pero incapaz de método, nunca lo consiguió. Sin embargo, concluyó su principal obra, la version de la Biblia, en la que se advierte, que aunque no muy profundo en hebreo, supo sacar inspiraciones de su propio entusiasmo para traducir las originales y reproducir con sublime sencillez la grandeza lirica. Fortificado con la soledad, salió á predicar en contra de los desórdenes, á hacer renacer la disciplina y á repartir cien mil Biblias en lengua vulgar, en las que todos encontraron argumentos con que defender sus ideas. Pasó después á Orlemond, donde se hallaba Carlostadt «para confundir á aquel Santánas,» y Carlostadt amotinó al pueblo contra él y le apedrearón y le cubrieron de lodo: fué á buscarle después á la hosteria del Oso Negro, y en este primer concilio de nuevos apóstoles llenáronse de injurias; Lutero ofreció á Carlostadt un florin porque escribiera en contra de su opinion, éste lo aceptó, mandaron llevar bebidas, brindaron uno á la salud del otro y al separarse se dijeron: *Ojalá que te vea enrodado.—Permita Dios que te rompas la cabeza antes de salir de la ciudad.*

Los clérigos mal mirados y los frailes involuntarios se aprovecharon de la ocasion de romper la disciplina, no haciendo caso de la Reforma sino en cuanto los eximia de sus penosos deberes, ó les proporcionaba dinero y mujeres (26). Lutero tambien depuso los hábitos; ofreció su convento desocupado al elector que se lo regaló; cambió la forma del culto, prohibió la misa y se casó con la esclaustrada Catalina de Bora. No hay que decir los comentarios á que daría lugar la boda de un fraile con una monja, ni si Lutero contestó á ellos con sarcasmos y violencia. La buena de la monja, exasperada del hondo silencio y de las pequeñas

(26) *Civitates aliquot Germaniæ implentur erroribus, desertoribus monasteriorum, sacerdotibus conjugatis, plebisque famelicis ac nudis. Nee aliud quam saltatur, editur, bibitur ac cubatur, nec docent nec discunt; nulla vitæ sobrietatis nulla sinceritas. Ubicumque sunt ibi jacent omnes bonæ disciplinæ cum pietate.* (ERASMO. Ep. 902, 1527.) *Satis jam diu audivimus, Evangelium, Evangelium, Evangelium; mores evangelicos desideramus.* (Ep. 946.) *Duo tantum querunt, censum et uxorem: ceteræ, tã aprillis Evangelium, hoc est potestatem vivendi ut volunt.* (Ep. 1,006.) *Tales vidi mores (Basileæ) ut etiamsi minus displicuissent dogmata, non placuisset tamen cum hujusmodi fœdus inire.* (Ep. 1,006).

enemistades del claustro, pero enorgullecida de poseer al reformador y de haber dado un paso ilegal, se hace cavilosa, lo exaspera, se lamenta de las calumnias, haciéndole en fin experimentar todos los tormentos del genio cuando se ve unido á un carácter positivo. El toleraba todas sus quejas como una cosa natural, como una cualidad inclinable en la mujer al sentir que es madre, que es su única mision sobre la tierra (27). En el seno de su familia reposaba de sus luchas exteriores; reía, bromeaba, amaba después de odiar tanto; y cuando su Catalina se estremecía ante la idea de los peligros que le amenazaban, la inspiraba confianza en Dios, y para dar distinto giro á sus pensamientos, la colmaba de palabras dulces (28), y la muerte de su hija, le arrancó acerbos lágrimas (29).

Esta extraña mezcla de bondad y altivez, de sentimiento y burla, de impetuosidad y sutileza no deja de percibirse un momento en toda la vida de Lutero. Pero aun teniendo presente que en aquellos tiempos no se conocía la urbanidad de la mo-

(27) «El primer año de matrimonio mi esposa tenia una gran necesidad de hablar. Sentábase á mi lado mientras yo trabajaba, y cuando nada tenia que decirle, me preguntaba si era cierto que en la corte de Prusia tenia un marqués por mayordomo á su hermano.—Catalina, Catalina (le contestaba), antes de ocuparte en cosas que no te importan, ¿has rezado el Padre nuestro?»

(28) Cuando daba de mamar á un niño, y el pequeño Hércules estaba á su lado apacible y satisfecho, Lutero le decía: «Ahí tienes un hombrecillo que como todo lo que proviene de nosotros, tiene ya sobre sí el odio del papa, el del duque Jorge, el de sus secuaces y el de todos los demonios del infierno. Y no obstante, la pobre criatura, más intrépido que un filósofo, ni se conmueve ni se turba; mama y salta; está alegre; cuando se halla satisfecho vuelve la blanda cabecita y sonríe; no le asustan las tempestades de la vida. Imitémosle: es una buena lección... La mayor gracia que Dios puede conceder á una mujer es darle un marido bueno y bondadoso, á quien confiar su suerte, su vida, su felicidad, y cuyos hijos siendo los suyos le hagan partícipes de su alegría. Catalina, vos poseeis ese marido bueno y bondadoso, que os ama; vos sois emperatriz: dad gracias á Dios... ¡Así estaban nuestros primeros padres en el paraíso, llenos de sencillez é ingenuidad, sin malicia ni hipocresía! ¡Ah! si pudiéramos como este niño hablar de Dios y confiar en él! ¡Qué de sentimientos debieron agitar el corazón de Abraham cuando se decidió á sacrificar su único hijo!.. Sara nada sabía.» Este último rasgo encierra una sencillez y una ternura sublimes. Tambien raya en lo sublime (Ep. IV, pág. 41) la carta en que describe á su hijo un delicioso jardín, con niños vestidos de oro, que juegan, cogen manzanas y peras, bromean, cantan, saltan y montan caballos con frenos de oro y sillares de plata.

(29) «No voy á escribir versos; lloro y siento el corazón muerto dentro del pecho. En el fondo de mi alma está esculpida su imagen, sus gestos, sus conversaciones: la veo como cuando estaba viva, como cuando estaba agonizando: ¡Hija mía! ¡mi dulce y obediente hija! La muerte de Cristo (¿y qué son las demás comparadas con esta?) no basta á apartar de mí este pensamiento. ¡Era tan amable, tan cariñosa!»

deracion en las costumbres y las palabras, ofende y repugna el lenguaje libre y burlesco con que trataba las cosas y las personas más respetables; y cuando por las noches acudia á las tabernas con el solo objeto de poner en ridículo lo que por la mañana se había predicado, prorumpía en palabras indignas de una orgia de depravados. No mencionaríamos esta trivialidad si no hubiera sido éste por espacio de mucho tiempo el lenguaje de los secuaces de Lutero, que todavía no ha desaparecido; y á los que nos digan que era el estilo usual de la época, contestaremos, que no hallamos tan indignas injurias entre los jefes de los católicos y rara vez en la chusma, que forma parte de todos los partidos, pero que afortunadamente no basta á deshonrarlos, como no basta á protegerlos.

Aquel maestro, sin embargo, que se mofaba de todas las preocupaciones, creyó en los sortilegios, en los maleficios y en puerilidades de mujerillas. En sus Patmos, vió él mismo bailar unas avellanas en el plato y oyó el estruendo de tres mil barriles, que impulsados por una mano infernal, subían y bajaban por las escaleras del castillo; vió á *Kill-kroppft*, parte del poder satánico, sentarse en medio de sus hijos; oyó al diablo, cuyos pasos se asemejaban al chasquido de la leña ardiendo; otros duendes ó trasgos habitaban su casa entreteniéndose en echarle á perder los guisados y los utensilios de cocina: creía que á nadie debía acusarse de suicidio, porque el diablo en persona es el que prepara la cuerda ó el cuchillo: creía tambien que arrojando piedras á un pozo, se despiertan los genios malignos, adormecidos en su fondo. Afirma que el diablo le hizo pasar muy malas noches; pero cuando las molestias que le causaba eran excesivas, le hacia huir con tres palabras que la decencia no me permite repetir (30).

Lutero sabía mucho; pero en lugar de la elegancia y armonia de los clásicos, se encuentra en su latin esfuerzo y una charla difusa. Si para escribir á Roma, trata de pulirlo, prodiga los adjetivos, y es ampuloso y enfático: escribe mejor cuando la cólera le anima: á falta de la espresion latina, emplea la alemana; por lo demás no se inquieta del arte; habla porque tiene necesidad de hablar. No argumenta con claridad, pero se guarece trás de las paradojas, y pretende razonar sobre las probabilidades, á la manera de los escolásticos. Así es, que aun cuando sienta las proposiciones más atrevidas, añade: *Esto es lógico y no creencia, y la fe no tiene nada que ver en ello* (31).

(30) Una vez le escribió Melanchton, que en Roma había nacido de una mula un asno con las patas de ave, signo evidente de la ruina de Roma; y Lutero le contestó consolándose de este evidente pronóstico: *Gaudeo papæ signum datum in mulæ puerperæ ut citius pereat.* Ep. IV, párrafo 47.

(31) *Nihil asserens sed disputans, non in fide sed in opinionibus scholasticis.* LUTERO contra Eck.

Pero había adquirido habilidad para tratar las materias filosóficas y religiosas en la lengua materna. Posee entonces los dones del orador: una fecundidad de ideas inagotable, una imaginación pronta, tanto en recibir las impresiones como en transmitir las, y una abundancia y flexibilidad inesplicable de estilo. Tenía la voz clara y resonante, la vista ardiente, la cabeza hermosa, las manos muy notables y su semblante espresaba sus emociones. Muy aseado siempre en su traje, concedía particular cuidado á sus cabellos y dientes. Habiendo vivido entre el pueblo, le había estudiado; comprendía que de él proceden las revoluciones duraderas. Su palabra era animada por el orgullo de la infalibilidad personal que se resigna á aceptar la palabra de Dios; pero reservándose el derecho de interpretarla como le agrada. Así es que declama con impetuosa sin respetar nada; el espíritu y la imaginación suplen en él el genio, y adelanta por cólera y por ardor, sin conocer á donde va. Predicó hasta tres veces en un día sin que nunca le faltase materia, y siempre con el calor y desorden de una oda: hombre elocuente, si el movimiento continuo del alma constituye la elocuencia. Este era el predicador católico. Pero preveía que la elocuencia desaparecía si se destruía el dogma, y no se conmovía la conciencia con el terror ó el sentimiento.

Ninguna de estas doctrinas era nueva, porque la Iglesia se veía obligada á sostener desde la cuna, con su palabra, las verdades que sellaba con su sangre; á discutir, reunir en derredor del sucesor de Pedro sus doctrinas; y aniquilar según la inspiración del Espíritu Santo, el orgullo de la razón, que dice al oído del hombre como en otro tiempo el tentador: *¡Y tú también eres Dios!* Durante las luchas, entre el pastoral y la espada, todas las cuestiones relativas al poder pontificio, habían sido agitadas, y el mundo había proclamado la superioridad de la materia sobre el espíritu, de la fuerza sobre la opinión. Los valdenses, los cataros y toda aquella variedad de innovadores habían considerado á las Escrituras como juez único en materias de fe: habían sostenido que la tradición, como palabra humana, estaba sujeta al error, al paso que la letra de fuego de las Escrituras resplandecía como el sol, y permanecía pura de toda ilusión; que el culto exterior era inútil, y que debía considerarse en el sucesor de Pedro á un anticristo cuya cátedra no tardaría en sucumbir. La libertad de exámen había servido de bandera á todos los herejes de la Edad Media; y no había un error ni una verdad sobre la gracia, sobre la justificación, ó sobre el purgatorio, que no hubiese dado materia á discusión.

Lutero no hizo, pues, más que reunir las dudas emitidas á través de los siglos, y sustituir á la constancia de la tradición, las continuas vacilaciones de las esplicaciones vulgares, que sentaba con atrevimiento, sin inquietarse en ponerlas acordes, en un mundo preparado más que nunca á recibir

semejante simiente. Algunos corazones rectos creyeron ver en él al hombre inspirado de Dios, no para destruir el dogma, sino para corregir los abusos, tanto más, cuanto chocaba la maravillosa fuerza de su talento. A los literatos les parecía que escribía con tosquedad, pero aplaudían sus ataques contra la escolástica, desacreditada ya, y contra los frailes, en quienes consideraban encarnadas la ignorancia y la pedantería. Los primeros que le contestaron, le opusieron argumentos en forma; pero Lutero evitaba la respuesta con una chanza, escediéndolos en audacia; y exaltaba de esta manera á los estudiantes que le prodigaban aplausos, y se burlaban de sus contradictores.

Había, pues, en él más impetuosidad que fuerza: era un torrente, que lanzándose desde una gran altura, aunque poco profundo, adquiere energía en su caída y produce gran ruido. Pero aquel ardor, aquellas invectivas, aquella intolancia inflexible, aquel «magnífico desden de los reyes y de Satanás,» le hacían popular.

Ya hemos visto siempre en la historia la fuerza anormal hacerse admirar arrastrando á los que tienen necesidad de movimiento, como á los que evitan voluntariamente el trabajo de pensar por sí mismos. Los alemanes habían aprendido á odiar á los papas desde el momento en que aquéllos se habían puesto en oposición con los emperadores, para impedirles confundir el orden material y el orden moral. Lisonjeados entonces en sus sentimientos de malevolencia contra todo lo que era de allende los Alpes, contra aquellos papas que habían sustraído á sus invasiones toda una civilización, se unieron al nuevo Harminio, declamaron contra las pompas y delicadezas que les eran desconocidas, y contra aquella refinada cultura de que eran incapaces.

El número de los fautores del fogoso predicador se aumentaba diariamente. A su cabeza se distinguía á Ulrico de Hutten, entonces rey de la prensa, autor de las *Epistolæ obscurorum virorum*. Tan valeroso en servirse de la espada como de la pluma, peleó en campo cerrado contra cuatro franceses que habían hablado mal del emperador Maximiliano, y escribió un violento prefacio para el opúsculo de Lorenzo Valla, sobre la donación de Constantino. Había abandonado el latín por el alemán, y concebido la idea de una asamblea anual de obispos para arreglar la Iglesia, y una constitución cristiana del imperio, á cuya cabeza estaría Carlos Quinto. Pero las vacilaciones de este príncipe le comprometieron á dirigirse á Francisco de Sickingen.

Francisco Sickingen, noble, cuyas posesiones existían al lado del Rin, fué uno de los últimos en renunciar el derecho de la fuerza: se lanzaba desde su castillo de Landstul, para reprimir con el acero las sinrazones que habían dejado impunes los tribunales. Habiendo hecho la guerra en Worms por la defensa de un simple particular, fué puesto fuera de la ley, y se sostuvo tres años sin más re-

curso de dinero que los que le proporcionaba el desbalar á los mercaderes que acudían á la feria de Francfort, de tal manera, que Maximiliano se vió obligado á revocar el decreto y tomarlo á su servicio; hubo también una voz que propuso el elevarlo al imperio. Había sido uno de los primeros en adoptar el partido de Lutero, y le había ofrecido su castillo con la esperanza de evitar las trabas de las guerras privadas. Habiéndose puesto á la cabeza de mil doscientos hombres de todos los países, sitió al elector de Tréveris, y guerreó con furor contra todos los príncipes que fueron á reprimir sus salteamientos; en fin, sitiado en su fortaleza con armas cuyo uso ignoraba su caballería, fué herido, hecho prisionero en la brecha y muerto.

Habíase lisonjeado Lutero de tener un vigoroso apoyo en Erasmo, el hombre de más crédito de aquel tiempo, que después de haberle allanado el camino, había aplaudido sus primeros pasos, cuando tal vez no veía en la cuestión que se había suscitado más que una querrela literaria entre los idólatras de las antiguas escuelas y los partidarios de una reforma que reclamaba mejoras (32); porque hombre de fe vacilante, como otros muchos que creían saberlo todo porque hablaban con cierta elegancia, quería burlarse del catolicismo sin dejar de ser católico. Lutero aduló á este árbitro de la fama; pero ambos se creían invencibles en la lucha; y Erasmo llegó á cobrarle odio; pues aunque escritor de menos valía, estaba ya á su altura, y atraía sobre sí toda la atención de la Alemania de que él sólo era antes objeto.

No se puede alabar seguramente en Erasmo la firmeza de la fe. Animado con un vano amor de gloria, conoció que adherirse á un partido, sería enajenarse el contrario, disminuir de aquella manera el tributo de elogios y admiraciones con que le gustaba henchirse y hasta comprometer su tranquilidad. No había respetado en sus burlas, ni dogmas, ni prácticas, aunque se cubriese siempre con un velo, y emplease una frase tan ambigua, para poder desdecirse en caso de necesidad; hablando mal de los frailes en general, pero escribiendo á cada uno de ellos en estilo acariciador; no perdonando á los papas, y besando los pies á Leon X, de quien recibió una pensión; poco dispuesto por lo demás á ser mártir de ninguna religión. «Lutero, escribía, nos ha dejado una doctrina saludable, de excelentes consejos. ¡Ojalá que no hubiese destruido sus efectos con errores imperdonables! Pero aun cuando no hubiera nada que reprobar en sus escritos, nunca me he sentido dis-

(32) Erasmo dice: «Me he engañado: admiraba á este hombre que venía con la cabeza levantada á castigar los vicios de su siglo, á los obispos revestidos de púrpura, que no se inclinaba ante ninguna majestad, ni ante el pontífice supremo; que con una mano santamente audaz descubría las desnudeces paternas.» Ep. p. 736.

puesto á morir por la verdad. Todos los hombres no tienen el valor necesario para ser mártires, y si me hubiesen experimentado con la tentación, creo que hubiera hecho lo que san Pedro.»

Picado, no obstante, de la orgullosa indiferencia que le manifestaba Lutero, no resistió al deseo de humillar á aquel rival, y se dedicó á ello, con gran regocijo de los católicos; pero conocía poco la materia, y el libro con que le amenazaba no parecía. Aunque lanzando sus tiros contra Lutero, no por eso dejaba libres á los católicos, y contestaba al vicario de los agustinos que le preguntaba: «¿Qué ha hecho, pues, ese pobre Fr. Martín para que todos se hayan desencadenado con él?—Dos grandes pecados: ha atentado á la tiara de los papas y á la barriga de los frailes.»

Después de haber usado muchas consideraciones, y hasta compasión con él, chanceándose sobre su pretensión de «andar sobre huevos sin romperlos,» repitiéndole que «el Espíritu Santo no es escéptico,» concluyó Lutero por dirigirle una carta como sabía hacerlas, injuriándole mucho (33). Erasmo hubiera tenido una hermosa ocasión para dar libre curso á sus sarcasmos y á su poderosa risa contra aquellos millares de opiniones, opuestas las unas á las otras, que pululaban entonces, contra las discordias nacidas entre los reformadores, y contra las supersticiones que iban siempre en aumento. Pero tomó, por el contrario, la cosa por el lado serio, y se dedicó á escribir una refutación teológica sobre el punto que tiene de contacto el catolicismo con el racionalismo, es decir, sobre el poder natural del hombre. Lutero había negado el libre albedrío, en lugar de asignarle límites. Erasmo quiso adoptar un término medio, y conciliarlo con la gracia. Pero no era aquel el momento de las conciliaciones: nadie entendió aquel tratado que deja conocer el estilo de la escuela, y no pudo sostenerse contra la contestación de Lutero, llena de vigor, imágenes é ironía.

Le hemos visto buscar el apoyo de los príncipes y en efecto se puede decir que si las herejías subversivas de la sociedad, dadas á luz en otro tiempo, sucumbieron sin producir efecto, la suya sobrevivió, porque se dirigía al absolutismo en una época en la que se conocía ya la necesidad del orden. Lutero, sin embargo, no perdonaba á

(33) «Apenas me cure, quiero, con ayuda de Dios, escribir contra él y anonadarle. Hemos sufrido que se burlase de nosotros, y que nos avasallase. Pero en el día que quiera hacer otro tanto con Jesucristo, nos levantaremos sobre él... es verdad que aniquilar á Erasmo es como matar á una pulga; pero estimo más á Cristo, de quien se burla, que á todo el peligro de Erasmo.»

«Si me libro, quiero con ayuda de Dios, purgar á la Iglesia de la mancha de este hombre. Ha sembrado y hecho nacer á Croto, á Egrano, á Witkelin, á Ecolampadce, á Campano y á otros visionarios ó epicúreos...»

«Si predica, suena como un vaso roto; ataca el papado, y en el día esconde sus cuernos...»